

TESTIMONIO ANA CARPINTERO

Sector textil, mano de obra femenina y paternalismo patronal

Quiero situaros más o menos al principio, en el tiempo. Yo salté al mundo del mercado laboral en el año 75. Venía de la Universidad. En el año 75 estábamos casi al principio, todavía, de la mal llamada democracia, el sistema que tenemos ahora, y estábamos al final de una época muy dura, el Franquismo, en cuyos peores años se habían «batido el cobre» otros. Quiero decir con ello que a nivel sindical existían todavía los sindicatos verticales del régimen, franquistas, pero ya se habían empezado a crear desde hacía tiempo movimientos en las empresas, las Comisiones Obreras, en muchos centros de trabajo. Cuando entré a trabajar en Ike, en aquella época todavía de semiclandestinidad, cuando todavía no era legal, creamos nuestra primera comisión obrera, cuyo destino era el de organizarnos. Sabíamos que lo que había por parte del Sindicato Vertical daba de sí lo que daba de sí, que no era precisamente la defensa de los intereses de los trabajadores, y teníamos eso [la comisión obrera], que después sería el embrión de todos los sindicatos formales y constituidos como los podemos entender ahora. Éramos una empresa del textil.

El textil en Asturias llegó a tener siete mil puestos de trabajo, y era de los pocos gremios que acogía a mano de obra femenina. Lo normal, en la época de la que estoy hablando, era considerar el trabajo [femenino] como un apoyo a la economía familiar, el apoyo al sueldo que ganaba el marido. Trabajabas hasta que te casabas. De hecho existía una figura que era la dote matrimonial. Consistía en que, cuando te casabas, ponte a los 20 años, que era la edad de casarse, el empresario te indemnizaba para que dejaras tu puesto de trabajo y te fueras a casa a cuidar del marido y los hijos (298). Esa era la mentalidad que había. Por ello quiero que tengáis presente ese sentido que tenía el trabajo, que poco a poco, naturalmente, fue cambiando.

La desigualdad también se apreciaba en el hecho de que en la empresa el 90 por ciento éramos mujeres, el 10 por ciento hombres, y hete tú que los hombres ganaban siempre mucho más que las mujeres, estaban siempre en unos puestos determinados, de dirección, almacén, etc., y nosotras estábamos en producción. Esa desigualdad salarial se daba y también esa desigualdad en la concepción del trabajo. Para nosotras era siempre algo transitorio que dejábamos cuando teníamos que dedicarnos a otros menesteres que se supone que nos eran propios, o sea, el marido y los hijos y los padres. Es una cosa que marca, que nos inculcan a presión. Nos han educado así, y luego, durante la época más dura del conflicto de Ike, fue lo que sembraba también entre nosotras muchísimas contradicciones. Recuerdo que en el año ochenta y tantos o noventa, la media de edad que teníamos las mujeres de Ike eran unos cuarenta y tantos años. Yo era de las más jóvenes, tengo ahora 52. Eso nos va a marcar continuamente a lo largo del conflicto. La empresa, Ike, que se llamaba Confecciones Gijón, se creó en los años cincuenta (en el 58, más o menos), en la época de bonanza económica del Franquismo, y a partir del 82 fue cuando empezamos a tener problemas grandes, que fueron los problemas de la reconversión. Se trataba de reconvertir los sectores, modificarlos. Por ejemplo, en el sector de la confección, decían que íbamos a crear moda, y que entonces teníamos que

competir con Italia, etc., porque venían «pegando» todos los países (Taiwán, etc.) con precios y costos mucho más bajos. Entonces había que crear moda. Y eso eran los famosos llamados «Planes de reconversión»: se daba una «porricada» de millones al empresario y nosotros lo único que veíamos eran recortes salariales y despidos. A la hora de la verdad las empresas cerraban, los millones se los quedaban los empresarios y los trabajadores nos quedábamos «con una mano delante y otra detrás», con unas edades de 40 y tantos o 50 años, en las que éramos, como decíamos nosotras, jóvenes para la jubilación pero muy mayores para acceder nuevamente al mercado laboral.

En nuestra empresa, dentro del textil, siempre fuimos muy conservadoras, muy rácanas, porque no teníamos problemas. Era una empresa grande para ser del textil, de cincuenta y pico trabajadoras. En su época más esplendorosa llegó a tener hasta 700, casi todas mujeres. Al final seríamos unas 277 después de todos los planes de reconversión a los que nos sometieron. Nuestra empresa, ya digo, por la época, por lo que sea, destacaba por ser una empresa muy paternalista. ¿Cómo entrabas tú en la fábrica, con un currículum de esos que nos enseñan a hacer en las oficinas de empleo? No, no. Tú ahí entrabas por un conocido, porque el jefe conocía a tus padres, porque a cambio de unas tierras en la zona de los Oscos (que es de donde era este hombre, el empresario nuestro) pues a lo mejor te metía. Y así se creaba esa relación, yo diría que de vasallaje, en la que decir algo suponía «dejar con el culo al aire» a la persona que te había metido. Y luego tener que enfrentarte con el jefe, que normalmente era el que te oprimía, el que te «daba candela» intentando sacar lo más posible del fruto de tu trabajo.

Aprendiendo a luchar

Bien, dicho esto, vuelvo a reseñar: no éramos una empresa distinta; éramos una empresa muy conservadora, en la que se daban las relaciones que acabo de explicar, y tuvimos que hacer un aprendizaje, como todos, «cuando nos manca el zapato». Tuvimos que aprender cómo defendernos, cómo juntamos, y cómo defender lo que para nosotros era fundamental: los puestos de trabajo. Ese fue el empeño, yo creo, de todo el conflicto, en el que aprendimos a valorar una cosa que ahora quisiera reseñar. Siempre dijimos que en el mercado laboral y en muchos aspectos de la vida no hay salidas individuales, sino colectivas. Yo no puedo salvar de la empresa mi culo porque es el de todos; todos somos los que podemos salir o los que nos podemos salvar. Ike era una empresa muy conservadora, éramos insolidarias, y tuvimos que hacer un aprendizaje, juntamos entre todas, arrimar el hombro y defender, insisto, el puesto de trabajo. Lo pasamos mal, fue un conflicto muy duro en el que nos enfrentamos a todos los poderes: al poder político, a nivel sindical y bueno, en la calle yo creo que también a la conciencia nuestra y a la conciencia ciudadana (porque a nosotras, cada vez que nos movilizábamos, nos mandaban, entre otras cosas, a fregar).

El conflicto empezó aproximadamente en el [año] 82, con los famosos Planes de reconversión, con los que poco a poco fuimos perdiendo empleo. Tuvimos sucesivos expedientes que siempre conseguimos parar, de tal suerte que los primeros expedientes se saldaban siempre con bajas voluntarias o jubilaciones anticipadas. Y así fue como fuimos salvando, de manera que la gente que quería a ultranza el puesto de trabajo pudiera mantenerlo. Otro de los puntos clave dentro de las movilizaciones nuestras es que

siempre decíamos que Ike era una empresa de la administración. Esa creo que es una cosa que nunca quedó clara. La administración empezó a formar parte de los consejos de administración de Ike, de una u otra forma, con casi un 49 o 50% de las acciones. Quiero decir que en Ike la administración regional estaba participando en su consejo de administración y era ella la que decidía y la que gestionaba. Por eso el empeño casi «cabezón» que teníamos en decir que nuestra empresa era una empresa de la administración. Y la verdad es que así lo entendíamos, porque los gestores de Ike eran gestores de la administración. Bueno, pues esa administración, del Psoe fundamentalmente, con la que es actualmente alcaldesa de Gijón, Paz Fernández Felgueroso (299), fue la que «nos pegó capote» y hete tú aquí que la mujer que presumía de haber montado la Asociación Feminista de Asturias fue la que cerró la empresa textil de 277 mujeres, una de las últimas que quedábamos (300). Es la que sufrimos hoy como alcaldesa.

Bueno, en el curso de las movilizaciones... El contaros un poco el conflicto creo que es una «fárraga». Lo importante es que nosotras luchábamos por nuestros puestos de trabajo. La administración estaba metida en el consejo de administración de Ike y nosotros decíamos que esa empresa era una empresa de carácter regional por esa participación y por esa implicación en dineros y gestores. Y fue un conflicto desigual, de «David contra Goliath», en el que nosotros pusimos todo el empeño, y yo creo que en las movilizaciones sostenidas a lo largo de los años hicimos absolutamente de todo. Yo recordaba con esta compañera que venía de la prensa, que participó en unas jornadas de mujeres que hicimos... porque ocupamos durante cuatro años los locales de la empresa. En esa ocupación la fábrica era nuestro centro de operaciones, nos hicimos fuertes dentro de ella, y ya digo, la ocupamos durante cuatro años, el tiempo que duró el conflicto más duro. Desde entonces hicimos de todo. Que yo recuerde, tomamos la Embajada cubana en Madrid, por ejemplo: fuimos unas cuantas en tren, sin que nadie contara a los maridos que a lo mejor quedábamos por ahí tres, cuatro o más días; [también] tomamos un barco, el Vulcano, en el puerto de El Musel, aprendimos y nos enseñaron a hacer barricadas nuestros compañeros de trabajo. Los encierros, manifestaciones ... [Hicimos] todo cuanto pudimos hacer, porque cada vez que nos decían «no» era como un giro de tuerca que nosotras también teníamos que dar, arriesgando y apostando más en las movilizaciones, que supongo que sabéis que son difíciles y que arriesgas, y que a nadie le gustan. Y en ese hacer de todo entraba también el curamos un poco las heridas, que era el sentido que tenía el encierro.

¿Por qué es la lucha más difícil para las mujeres?

En el encierro ocupábamos la fábrica, y hacíamos tres turnos. En esos tres turnos de mañana, tarde y noche con nuestras compañeras, con nuestros hijos, que los llevábamos al encierro, y desde ahí se gestaba absolutamente todo, gestábamos las «movidas», manteníamos el edificio, nos relacionábamos entre nosotras, veíamos lo que nos pasaba, etcétera. Los encierros de mujeres que realizamos, en los que participó, como digo, esta compañera, tenían el objetivo de generar solidaridad para nuestro conflicto, pero también

nos permitían «escarbar» qué era lo que nos estaba pasando, como mujeres, como personas, porque vivíamos un mundo de contradicciones. Estábamos mal cuando estábamos en la fábrica porque teníamos a los *guajes*, al marido y a los padres en casa, a quienes *oficialmente* nosotras teníamos que atender. Y cuando estábamos en casa también estábamos mal pensando en el trabajo, en lo que queríamos hacer y en las compañeras que quedaban en la fábrica. Y estábamos viviendo siempre esa eterna contradicción. Y era lo que queríamos descubrir dentro de nuestras cabezas también, qué coño nos estaba pasando. Era el sentido que tenían los encuentros, en los que participan muchas asociaciones de mujeres: AFA, el grupo de estas mujeres de La Lila, muchas organizaciones a nivel estatal...

Pasó todo este tiempo en el que nosotros buscamos siempre el objetivo de dar una salida al conflicto. Pensábamos que, si durante el conflicto nos hacíamos fuertes en la fábrica... La administración estaba buscando soluciones para nosotros, diciendo que había un empresario que iba a montar una fábrica textil, que no pasaba por las instalaciones, que nos iban a dar cien puestos de trabajo, que nos iban a contratar en el Pryca... (301) Un rosario. Pero lo que no está pactado ni acordado, eso tiene muy difícil solución. Como decíamos, tantas promesas se quedaron en nada y lo único cierto es que nosotros siempre intentábamos que fuesen parejas la plantilla y el inmueble, los solares, los edificios, porque sabíamos que cualquier solución que quisiesen dar siempre iba a pasar por ahí, por ese edificio tan goloso situado en el corazoncito de El Coto [risas], que también iba a dar mucho de sí. Cualquier salida que quisiera dar el empresario que quisiera mantener la empresa, implicaba encontrarla con los trabajadores. Era nuestra manera de hacer fuerza de cara a la administración y de cara a las negociaciones. No recuerdo cómo es el dicho: la pelea que no se hace, esa está ya perdida. Nosotros decidimos pelear pensando que lo más fácil era encerrarnos en casa, mirar a las paredes y lamentamos, y la otra salida era juntar un poco los hombros unas con otras, pelear, e intentar cambiar la realidad que nos oprimía. Sencillamente, eso es lo que hicimos y eso fue lo que intentamos: cambiar la realidad que nos tocó vivir, defender lo que nosotros entendíamos que era parte de nuestra vida: nuestros puestos de trabajo. Porque yo creo que todas, cuando empezamos a trabajar ahí, pensamos que nos íbamos a jubilar allí. Muchas de mis compañeras empezaron a trabajar a los 12 años. A los 12 años les vino la regla en la silla de la máquina. 12 añitos. Y a los 14 era cuando entrabas en el mercado laboral. Todas pensamos que nos íbamos a jubilar allí y bueno, cuando cerró la fábrica luchamos lo que pudimos, pero cerró. Esa es la moraleja. Si hubiera sido distinto, eso no podemos saberlo. Lo que os puedo decir es que el conflicto y la pelea nos marcó también como personas y como mujeres, y eso creo que nos valió para todas las cosas. Nosotros, mal que bien, siempre conseguimos cobrar [durante] el tiempo que estuvimos allí.

Turno de preguntas

P: ¿Qué te queda de toda la experiencia de la lucha en Ike?

R: Yo creo que una de las cosas que nos debe caracterizar a todos es la capacidad de rebeldía para todas las cosas de la vida. Cuando encuentras una pared o un obstáculo intentas arremeter o intentas saltar. Y quizá esas vivencias que tuvimos entre nosotras, ese comprender la realidad de otra manera, ese intentar siempre ir hacia adelante... yo

creo que eso te marca, quizá también al tomar en tu vida muchas decisiones, incluso a la hora de valorar muchas otras. Sabes de lo que puedes prescindir y sabes a lo que puedes llegar. En la sociedad de consumo, a la hora de la verdad, puedes prescindir de muchas cosas, y lo necesario son tan pocas... Eso es lo fundamental. Ante los problemas [cabe] el arredrarte, el echarte para atrás, o el juntarte e intentar superarlos. E insisto en que no hay soluciones individuales. Las soluciones son globales.

P: Puesto que había trabajadoras que eran madres, en los encierros supongo que había niños, hijos vuestros, que fueron educaos colectivamente, conforme a un modelo de relación entre los mayores y los críos que era propio de las sociedades tradicionales, que ahora se podría ver en tribus africanas, pero que no existe en esta sociedad moderna.

R: Los críos los colectivizábamos. Por ejemplo, en los turnos, sobre todo en las tardes, los guajes iban con nosotras y estaban allí en las instalaciones: unos pintaban, otros hacían las tareas... Pero estaban siempre con nosotras, eran también un grupo. Hubo muchos niños que nacieron en el encierro y alguna madre a la que tenían que avisar en la asamblea de que tenía que dar de mamar y la teta la tenía puesta ella.

P: ¿Cómo era vuestra organización?

R: Lo más importante de todas las peleas y del movimiento obrero es la capacidad de organización. En todas las luchas nada se da de forma gratuita, porque detrás hay una organización, desde aquellas primeras comisiones obreras en la época de la clandestinidad y que después dieron el hilo al mapa sindical que más o menos tenemos ahora. Yo milito en la Corriente Sindical de Izquierdas; somos una escisión de Comisiones Obreras, en el año 82, cuando nos echaron. En el comité de empresa de Ike seguíamos practicando el sindicalismo que entendíamos a la antigua usanza. Quiere decir esto que lo primordial y lo fundamental es la asamblea de los trabajadores. Esa es la que manda, la que decide.

NOTAS

298: La mayoría de las Reglamentaciones de Trabajo desde 1942 establecían que, al contraer matrimonio, la trabajadora debía abandonar su puesto a cambio de una “dote” estipulada previamente.

299: Paz Fernández Felgueroso fue alcaldesa de Gijón entre 1999 y 2011.

300: La Asociación Feminista de Asturias (AFA) se creó en 1976 como una plataforma que integraba a mujeres de distintos grupos o movimientos para coordinar las acciones en defensa de sus derechos. Paz Fernández Felgueroso fue integrante de AFA, militando en el Partido Socialista Popular (PSP).

301: Cadena de hipermercados puesta en marcha en España en 1976 por el grupo de alimentación francés Carrefour.

Extracto del libro *De la posguerra al presente. Testimonios orales del movimiento obrero* del equipo de investigadores *Señaldá*. Laria y Ediciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 2014.